

Aún sin título, novela en proceso

SJ Herrera

Image not found.

Capítulo 1

El sonido de la piel contra el agua era lo único que se escuchaba en aquel fascinante lugar, aguas claras de un pequeño riachuelo que fluía su corriente tan suavemente para así peinar de gracia a la perfecta combinación de rocas y colores en el fondo y sobresaliendo a la superficie del agua. Colinas de un tornasol verde con dorado a su alrededor; kilómetros a la redonda, y si conducías suavemente la mirada hacia el horizonte, un seductor celaje de esos románticos tonos rosa y purpura con destellos de un fondo naranja con fuego mientras que un diamante ardía y brillaba entre tanto se escondía tras esas espaciosas llanuras y en el fondo de las colinas.

En una de esas rocas posadas sobre el agua, se equilibraba el pie derecho de un niño –un cuerpo atlético y fornido pero que no dejaba escapar un rostro tan inocente de un pequeño de catorce años, – que también balanceaba en el aire su pierna izquierda mientras que con su mirada buscaba otra roca en la cual poder saltar de manera segura sin resbalar y así seguir el corto camino que le quedaba hasta la orilla del riachuelo, donde crecía un suave como algodón pasto verde-dorado. Tres saltos más y ahí estaba, logrando su cometido, en la tierra, completamente seco y lo mas importante; con su encomienda sana y salva colgando de su hombro derecho y listo para retomar la caminata al pueblo y posterior mente a su bohío, donde lo esperaba hambrienta e impaciente su hermana Tirza Zúll.

Después de una larga marcha que le tomó unas cuantas horas, no solo por la distancia que debía de recorrer, también porque siempre que tenía que acarrear comida para él y su pequeña hermana, disfrutaba con paciencia de los magníficos y poderosos paisajes con los que se topaba en su trayecto. Algo que aprendió de su padre en aquellos recorridos de vuelta a casa después de recios entrenamientos de combate y defensa que agradeció siempre haber recibido.

Un año atrás tuvo que empezar a acostumbrarse a disfrutarlos solo, sin compañía de su padre, ya que Tirsa, su hermana, cuatro años menor que él, aun no estaba preparada para enfrentar los peligros al adentrarse en lo que Dámaso llamaba las sabanas indomables, y ese mismo día se cumplía el aniversario de la huida de su padre Damián Zúll a los temibles y expuestos adentros del arbolado de gigantescas creaciones naturales , árboles de tamaños inimaginables para un mundo real; en donde pocas eran las historias de supervivencia contadas por alguna aventurero decidido a arriesgar su vida para tratar de cruzar aquel inmenso lugar. También un año atrás, lloraba a su madre mientras que consolaba a

su pequeña hermana que la vio morir.

Mientras recorría las pequeñas y estrechas callejuelas de Lusbbel, –decoradas con grandes piedras de río incrustadas en el suelo y perfectamente lisas en la superficie–, observaba como las pegadas casas de piedra de simpáticos colores terracota y tonalidades de grises le recordaban su desgracia y la de su familia, la cual los hizo terminar viviendo a él y su hermana solos en un bohío que lograron robar en la colinas del pueblo de Lusbbel, que a pesar de todo lo habían logrado convertir en un humilde hogar a base de sudor y esperanza.

Empezaba a caer la noche en el pueblo y con ella se apagaban las voces y el bullicio que caracterizaban a Lusbbel por ser el punto de encuentro de todos los comerciantes de la isla.

Dámaso se encontró con su hermana, que como él se lo esperaba, aguardaba sentada en una de las tres sillas que ambos habían construido unos diez meses atrás junto con una pequeña, pero hermosa mesa fabricada con madera de los preciosos árboles de las colinas del pueblo.

–¡Por fin llegas! Por favor dime que traes pájaros o ardillas ¡Estoy muy hambrienta! –Le dijo apoyando sus manos y codos sobre la mesa, tan emocionada como si fuese a saltarle encima a su hermano para arrebatarse el saco con los alimentos que aun colgaba Dámaso de su hombro, pero esta vez del izquierdo.

–Lo siento Tirsa – dijo con una pequeña dosis de sarcasmo y con una expresión en su cara que reflejaba lo orgulloso que se sentía por poder cuidar del más preciado tesoro que dejaron sus padres. –No he logrado atrapar ninguna ardilla, pero sé que te va a gustar lo que traigo aquí dentro del saco esta vez. – Expresó con media sonrisa en su rostro.

Vació el saco sobre la mesa y se dirigió a Tirsa:

–Cuatro pájaros, tres pescados y una hermosa flor enana para ti.

Escuchando las palabras de su hermano mientras este colocaba el botín sobre aquella mesa, Tirsa se puso de pie para encender la leña que preparó horas antes mientras que el maduro niño Dámaso estaba fuera cazando –¿Esa flor se come? Te agradecería más si la próxima vez me traes un conejo robusto listo para comer y también la flor. Lo has hecho bien el día de hoy hermano, como siempre lo has hecho, sabes que confío en ti. Gracias. – Le dijo con un poco de gracia.

Los hermanos Zúll comieron y disfrutaron del pequeño festín que tenían para esa noche, ya que no siempre las condiciones del tiempo ayudaban a Dámaso a volver con tantos animales. Un pájaro rostizado y un pescado entero con cabeza para cada uno, justo como le encantaba a Tirsa.

Entretanto Dámaso le estiraba el ala izquierda a su pájaro para mordisquear la sabrosa carne cocinada con fuego de leña, miró a su hermana, –aquella niña de diez años, triste y deprimida, pero siempre fuerte y dispuesta a luchar por cualquier cosa y nunca capaz de olvidar su sonrisa para alegrarle el día a quién se topara con ella– observó su larga y trenzada cabellera y la satisfacción con la que devoraba su pájaro y pensó en lo dichoso que fue al encontrarse con tres grandes pájaros ya muertos en el camino al riachuelo y con eso poder distraer a Tirsa del dolor que sentía por su madre muerta y también para que esa noche no fuera tan triste por cumplirse el doceavo mes desde que su padre tuvo que huir del pueblo que lo vio crecer, sin tener ninguna clase de noticia sobre su paradero o de cómo se encontraba Damián.

Era una noche cálida, de esas noches perfectas y silenciosas, con millares de estrellas ataviando un lindo y profundo cielo color universo; bajo esa soberbia escena, posaba solitaria y en armonía la gran Isla Jayán –nombrada así por ser la única en poseer árboles cíclope, creaciones naturales tan descomunales que sus vastas copas sobrepasaban las montañas más altas de la isla y por ser esta la más desmesurada sobre ese desierto de agua salada donde para llegar al cúmulo de tierra mas cercano, había que prepararse para un extenso viaje de meses de duración–. Allí, dentro de la isla, bajo la resplandeciente luz de la luna, descansaba la ciudad de Aos, en donde en las partes mas altas del no tan pequeño pueblo de Lusbbel, se encontraba el bohío robado por los hermanos Zúll –con un viejo techado de paja y paredes de madera y bambú que los protegían de las inclemencias del tiempo, que no siempre en Lusbbel eran de mal gusto– allí dentro descansaban Dámaso y Tirsa en sintonía con el cantar de los grillos.

Repentinamente un alarido cargado de dolor y tristeza despertó a Dámaso de un profundo y renovador sueño. Se levantó de un salto del montón de paja que utilizaba como colchón, ya que aún no conseguían los recursos para poder construir una cama fina, tal como les enseñó su padre; dando solamente tres pasos llegó al aposento donde dormía su hermana menor, ya acostumbrado a este tipo de sucesos, dobló sus rodillas para inclinarse frente a Tirsa, suavemente volvió el cuerpo de la niña hacia atrás para que su cabeza quedara en dirección al techo de paja, –Tirsa seguía

soñando, llorando desconsoladamente– la sujetó de sus hombros y con un movimiento tierno pero a la vez brusco trató de despabilar a la pequeña, que sufría de una intensa pesadilla. Al poco tiempo los llantos acabaron, los ojos de Tirsa se abrieron repletos de adrenalina.

–Tirsa, tranquilízate, es otra de tus pesadillas. Estoy aquí contigo. –Dijo Dámaso con una voz tan melodiosa que ayudó a llenar de paz por completo a su pequeña hermana que aún jadeaba tratando de contener el llanto y temor que sentía.

Dos hondos y vacilantes suspiros fueron necesarios para que Tirsa recuperara la quietud en sus pulsaciones y así poder hablar.

–Allí estaba ella otra vez hermano, me pedía con desesperación que le ayudara a extraer la daga que le habían insertado brutalmente en su abdomen, como todas las veces traté hermano, te juro que traté, en mis manos se empozaba su sangre que no paraba de brotar y la vi morir una vez mas. Otra vez no pude evitar la muerte de nuestra madre. Lo siento Dámaso.

Volvieron a deslizarse lágrimas por sus bellos pómulos para caer en el charco que se hacía cada vez más grande en el hombro de su hermano mayor. Cuando ocurrían las ya no tan frecuentes pesadillas de Tirsa, Dámaso siempre pensaba en una de las tantas frases que le decía su padre para poder consolar la culpa que expresaba su hermana.

–No te disculpes mas conmigo te lo he dicho ya Tirsa, discúlpate a ti misma por pensar que eres culpable de algo que esta completamente fuera de tus manos – le dijo mientras abrazaba a su hermana y le acariciaba su lisa y larga cabellera.

–Es imposible para mi el no pensar en que tal vez de algo hubiese ayudado sacarle esa desgraciada daga...– antes de que pudiera continuar Dámaso la interrumpió.

–Tirsa, recuerda que todo pasa por alguna razón, no tenemos la culpa por lo que decida el destino para nosotros y nuestros seres queridos. Yo también extraño a mi madre y repudio a esos malditos bastardos que acabaron con su vida e hicieron inevitable la huida de nuestro padre a los peligrosos adentros de los Cíclope, pero no puedes sentirte mas así de culpable, debes sanarte.

Un último suspiro fue la respuesta que recibió Dámaso de su hermana, que sintiéndose totalmente protegida y segura estrujada por los fuertes brazos de su hermano, volvió a caer en un intenso y pesado sueño del cual Dámaso pocos minutos después la acompañaría y ambos lograrían

descansar luego de la agitada situación.

Llovía intensamente sobre Lusbbel, manaban galones de agua del cielo, como si sobre las nubes existiesen represas y todas al mismo tiempo vaciaran su contenido sobre aquellas callejuelas de piedra y toda su naturaleza en los alrededores. Dentro de una de esas casas, totalmente encaladas de un tono gris oscuro gracias al agua que caía sobre ella, dormía tranquilamente la familia Zúll.

Era una casa modesta, pero amplia para sus cuatro miembros; contaba con tres grandes habitaciones las cuales dos eran ocupadas como dormitorios por los Zúll, uno lo compartían los niños, que dormían en una cama doble construida con detalles perfectos por Damián, su padre. En otra cama, enorme y elegante, también construido por él–Damián poseía un gran don para la carpintería, el resultado de sus obras siempre era hermoso, mas nunca quiso dedicarse a esto–; presa de un acogedor sueño yacía Rubiel, en paz y sin saber lo que se aproximaba para ella y su familia esa noche.

Una hermosa mujer de facciones dignas de una princesa de un cuento de hadas, cabello largo hasta su cintura de un tono miel y ondulaciones en perfecta coordinación, su piel; cuál si fuera la cáscara de un durazno, era tan suave como cuando se eleva una mano para acariciar una sutil brisa que serpentea delicadamente entre los dedos.

Su escultural cuerpo capturaba y dominaba las miradas y los nervios de cualquier hombre que cruzara su camino –a pesar de ser una mujer madura, no dejaba de cautivar por su belleza que de joven alguna vez lució con orgullo–. Era dotada de un encanto especial. Único.

A su lado siempre descansaba su esposo, pero esa noche dormitaba junto a lo que era la forma de Damián en aquel lecho de paja. De pie junto a la cama de madera rellena de paja, estaba él, con su mirada clavada en su hermosa mujer y con un dolor muy profundo que aquejaba su corazón. Una lágrima se deslizó por su mejilla, la miro de arriba hacia abajo una vez más –sabía que con lo que se iría a la tumba seria con el preciosos recuerdo de aquel diamante de mujer–

–Has sido la mejor madre para nuestros hijos Rubiel. Te amaré por siempre. Perdóname. – Dijo suspirando con un nostálgico hilo de voz.

Cerró sus ojos y se dirigió a la modesta habitación donde dormían Tirsa y Dámaso, sus más preciados tesoros, sobre una de sus obras de arte con la madera. El pequeño Dámaso –que para entonces tenía trece años– dormía

tranquilamente al lado de Tirsa. Se detuvo en frente de ambos para observarlos una vez más. Sus latidos se intensificaban, sudaba cada vez más, sabía que ya llegarían por él o al menos a intentar encontrarle.

Confiaba en su hijo, ambos se habían entrenado a la perfección para esa noche, aunque Dámaso nunca supo la razón de sus entrenamientos, solo los disfrutaba siempre que se aventuraba dentro de "las sabanas indomables" como le gustaba llamarle a ese lugar.

Aquel hombre de gran masa, voluptuoso y tan fuerte como un guerrero, dotado de un gran corazón capaz de dejar de latir por su familia y por la honestidad que honraba a sus antepasados; se inclinó frente a Dámaso, sintió su tibia y suave respiración en su muslo y pecho y vio como esta por poco lograba apagar la llama de la vela que encendió momentos antes. Lo miró con sus luminosos ojos de un profundo y espeso color miel –ventura con la que igualmente nacieron sus hijos– y lo sujetó suavemente del hombro izquierdo, lo presionó sutilmente para que el niño no despertara alarmado. Con un movimiento suave, Dámaso entreabrió sus ojos, observó la silueta de un hombre y pensó en su padre, logró distinguirlo gracias a la tenue luz amarilla que emanaba de la vela que sostenía Damián con los dedos de su mano derecha.

Había llegado el día.

Lo observó por unos escasos segundos que resultaron eternos para ambos mientras se miraban a los ojos inmersos en sentimientos y adrenalina. Era más una despedida, sus corazones se desahogaron con esa mirada, cada uno con escalofríos en su cuerpo. Supo que había llegado el momento para el cual prepararon sus corazones para no llorar.

Damián continuaba de pie en el mismo lugar, observando en silencio, atento a cualquier ruido o movimiento del cual debiera alarmarse.

Cuando Dámaso se paró frente a él supo que su hijo no le fallaría, un soplo energético hizo que la llama bailara tan fuerte como el aire que salió de su boca hasta que desapareció, dejándolos completamente a oscuras. La adrenalina de Damián subió a su tope máximo. Con cosquillas en sus manos y su corazón latiendo fuerte y valiente, dio el primer paso, discerniendo que su hijo le seguiría sabiendo perfectamente que hacer, sintió el paso de su armadura de cuero con una carga extra por las hombreras de hierro que cargaba, inhaló, exhaló, y ambos se encaminaron a lo que iba ser la necesaria huida de Damián Zúll.

Caminaron a oscuras por el corto pasadizo que dividía las habitaciones, llegaron hasta la puerta que conectaba la parte trasera de la casa—enlazaba con un pequeño jardín donde Rubiel construyó una huerta que a lo largo de los años que habían vivido ahí, alimentó a su familia en cooperación con las habilidades de caza de su pareja—, Damián echó un vistazo por una de las ventanas y miró como continuaban lloviendo cántaros; nada de qué preocuparse, él y su pequeño lo habían previsto con anticipación y estaban preparados. Dámaso, con la adrenalina al tope, su corazón latiendo tan fuerte que podía sentir como su pecho vibraba con cada pulsación, sus manos cerradas en puño con toda su fuerza para así evitar cualquier desconcentración; esperó, Damián giró a su derecha y se dirigió a la entrada que daba con la callejuela de piedra, después de esperar unos segundos, Dámaso imitó los movimientos de su padre en la oscuridad en perfecta coordinación.

Damián cogió el capuchón de cuero que colgaba detrás de la puerta de entrada y se lo colocó encima cubriendo toda su cabeza y la parte superior de sus hombros, abrió la puerta por última vez, inhaló profundo, los segundos que duró su exhalación, contempló aquel gris y entristecedor paisaje donde la lluvia no cesaba su estruendo al caer sobre la piedra y una calle solitaria iluminada por esa hermosa luz azulada que siempre brindaba espectacularmente la luna sobre la ciudad de Aos y toda la gran Isla Jayán.

Dámaso observaba aquella corpulenta silueta parado justo atrás de su padre mientras este con su cuerpo bloqueaba la luz de la luna que entraba sarcásticamente tan elegante y pura por aquella puerta donde sería la última vez que lograría ver a su padre, instruido a hacer el mínimo ruido posible; a caminar como un gato salvaje acechando las noches oscuras del bosque, y por ende, a no hacer preguntas.

—Quisiera saber porque te vas papá— Pensó.

Por primera vez en su vida Damián Zull sintió miedo, verdadero miedo, sus sentidos estaban activados para dar un grito de alarma, su cuerpo, perfectamente entrenado para no reflejar ningún tipo de debilidad. Era un hombre abierto, un hombre fuerte y valiente, pero capaz de demostrar tolerancia y afecto a cualquier persona que le hiciera el bien. Un ser entregado a la lucha contra cualquier tipo de adversidad y esta no sería la vez en que entregaría su lucha para rendirse, no, esta no sería esa vez en que cedería su honor y coraje. Aquella noche estaba dispuesta a matar.

Equipado con su coraza de cuero, no miró atrás, dio un paso fuera, escuchó como el cáustico sonar de las gotas golpeando su capuchón daban ritmo a los latidos de su corazón. Esa noche daba pasos de soldado, pasos de un hombre valiente marchando hacia su libertad, hacia un nuevo destino, con sangre fría y la frente en alto, pero con su corazón destrozado gracias a que no sabría nunca la suerte que correría su familia.

Viviría cargando esa culpa el resto de su vida.

Acompañada de recalcitrante sonido del diluvio contra las rocas empotradas en la solitaria callejuela en medio de dos hileras paralelas de casas en silencio, se deslumbraba la figura de un hombre, se veía tan pequeña que parecía que la leve corriente que corría calle abajo producida por el exceso de agua que caía de la nubes y la casi microscópica inclinación que poseía toda la parte baja de Lusbell; fuese capaz de arrastrarla consigo.

Dámaso veló el recorrido de su padre hasta donde de vista y la distancia le permitieron. Esperó unos minutos más después de haber perdido de vista a su padre –Minutos de duelo por tu partida– Pensó.

Giró sobre su pie izquierdo, dio la espalda a aquel plomizo horizonte donde vio cómo se acababa de esfumar bajo la lluvia un pilar importante de su pasado, miró hacia delante, con la frente en alto y varios soplos saliendo de su nariz para limpiar la gotas que no lo dejaban respirar; caminó decidido a proteger lo que de ahora en adelante sería su mayor responsabilidad y quienes esperaba, continuarán durmiendo plácida y seguramente en su hogar.